

Hernán Cortés: Los viajes del yo

LIRIA EVANGELISTA*

NOMBRAR LA HISTORIA

¿Por qué elegir a Hernán Cortés como objeto de lecturas, reflexión y escritura? Al ir adentrándome progresivamente en este trabajo, muchas veces creí que más de quinientos años de historiografía deberían haberme detenido. Pero, sin embargo, algo irreductible, un paso más allá de la curiosidad intelectual y crítica, persistía. En algún lugar, Ricardo Piglia ha dicho que la crítica es la autobiografía de quien la ejerce: reflexiones que parten de una visión del mundo, de un lugar para la escritura hecho de retazos de historias vividas, de un lenguaje, de una cultura. Algo más, primario, aún, sustentó este deseo. El espacio íntimo de una niña de doce años devorando, sin respiro, *El Corazón de Piedra Verde*, de Salvador de Madariaga. El tiempo ha borrado datos, argumento, detalles. Pero no ha logrado oscurecer el horror de un altar sacrificial ni un nombre de princesa: Xuchitl.

No es casual, de ningún modo, este comienzo autobiográfico. La escritura de la crítica –muchas veces– se constituye sobre el borramiento ilusorio del yo. Vanamente, ya que el acto fundacional de una escritura es, precisamente, la marca de ese yo que la sustenta, ya sea desde la inscripción material de la letra en el papel hasta las sutilezas de una sintaxis, los ecos de

*LIRIA EVANGELISTA: Ensayista y crítica argentina. Profesora de la Universidad de Buenos Aires y Universidad de Stony Brook, U.S.A.

una retórica. Cuando escribo *yo* –pero también cuando lo silencio– sólo hago ostensible la creación de un espacio que, a la vez que afirma a ese yo, lo disuelve en núcleos donde se condensan historias, ideologías, sistemas de pensamiento, identidades sociales trabajosamente articuladas. Sólo una forma vacía, el pronombre de primera persona singular (maravillas de la deixis), deviene en un “agujero negro” que trasciende a quien lo inscribe, y donde estallan una sociedad, su historia y su cultura.

Mi intención, en este trabajo, es adentrarme en el texto de las *Cartas de relación* de Hernán Cortés e intentar leer la inscripción del *yo* cortesiano en todo su espesor, situándolo en la red de relaciones que establece. Aquello que me fascina en el texto es la densidad de esa marca, su opacidad de cicatriz indeleble. Es la huella sobre la que se constituye no sólo la trama de la historia, sino también el origen de infinitos textos, de infinitas reflexiones sobre la historia, la cultura y la identidad latinoamericanas. De este modo, el *yo* de Cortés se inscribe en la historia de dos maneras diferentes. La primera inscripción es en el marco de la cultura y la sociedad de su tiempo, esto es, en los límites que demarcan las posibilidades retóricas y genéricas de la carta de relación. La segunda es, en cambio, la constitución de ese *yo* como espacio a partir del cual los textos cortesianos pueden ser leídos fuera de su sistema y recolocados dentro del sistema más amplio de las reflexiones culturales y literarias del campo intelectual –no sólo mexicano– sino latinoamericano. Así, la huella de ese yo es la forma que contiene –y funda– productivamente, todo acercamiento posterior a la cultura de nuestro continente.

PALIMPSESTOS

Es importante establecer claramente el marco genérico de la escritura de Cortés, la relación como vehículo narrativo, ya que permite comprender esta doble vertiente de la que se habló. Las “relaciones de fechos” son documentos autobiográficos, en tanto son informes que obligatoriamente debían proveer a la corona los protagonistas de los hechos de la Conquista. Si bien la obligatoriedad de su escritura la enmarca dentro del género de documentos legales, el hecho de presentar las acciones de testigos oculares o protagonistas autobiográficamente –en primera persona de singular– contribuye a hacer evanescentes las fronteras genéricas, en tanto no hay separación estricta entre lo legal y la vida. Aquello que las cartas de relación

muestran es el reflejo del contacto de un yo con su realidad circundante. Según Roberto González Echevarría, este género presenta un modelo de verdad diferente al de la historiografía de su tiempo, lo cual le otorga valor literario en un sentido moderno. Valor literario que proviene, creo, de un yo que, al dejar su marca, transforma aquello que se encuadra dentro de las fórmulas legales, en una poética histórica que es, a la vez, relato de una vida. Esta ambigüedad genérica es la grieta desde donde este yo habla, lugar de tensiones manifiestas y veladas, espacio de la narratividad. Este relato minucioso de una vida en un transcurrir tanto social como individual, es lo que convierte a la primera persona en objeto, a la vez que en sujeto de su propia escritura.

De aquí que este yo, pura forma pronominal, posea las sutiles características de un palimpsesto donde pueden leerse las relaciones de este sujeto con los paradigmas ideológicos de su tiempo. A lo largo de las *Cartas de relación*, el yo cortesiano se refiere deícticamente a diferentes aspectos de la realidad, condensando las diversas relaciones que establece tanto con los códigos éticos e intelectuales de su época —y, en cierto modo, trascendiéndolos conflictivamente— así como con la corona, las circunstancias sociales y económicas de la empresa conquistadora y sus propios soldados, diseñando lo que Beatriz Pastor llamó “la ficcionalización de la conquista y la creación del modelo de conquistador”. Para lograr este objetivo, el yo de Cortés se inscribe en el texto de diferentes maneras, y mediante operaciones de ocultamiento, desplazamiento o colocándose como eje organizador de esta narrativa en una hábil estrategia lingüística que nos permite acercarnos al espesor histórico que subyace a ella y que la origina. A mi juicio, el despliegue del sistema pronominal que Cortés realiza en su escritura puede ser resignificado en los términos de las relaciones políticas e ideológicas que establece tanto con la corona como con sus aliados en el marco de la conquista de México.

LA LETRA, LA HISTORIA

La primera carta, perdida, es reemplazada con la *Carta de la Justicia y Regimiento de la Rica Villa de la Veracruz a la Reina doña Juana y al Emperador Carlos V su hijo, en 10 de julio de 1519*. Desde el comienzo quedan planteados por lo menos tres de los problemas que estructurarán el texto de las cinco cartas:

1) Por un lado, la disputa con Diego de Velázquez, marcada lingüísticamente por la oposición entre el pronombre de primera persona plural, el de tercera del singular y tercera plural:

Bien creemos que vuestras majestades, por letras de Diego Velázquez, teniente de almirante en la isla Fernandina, habrán sido informados...(7).

Los contendientes “nosotros” / “él” se enfrentan en la relación con el “ellos” (la Corona). Cada una de las dos primeras formas remiten a los dos diferentes proyectos de Conquista: el saqueo y el botín, representado por Velázquez, y un proyecto radicalmente distinto, que Cortés irá cimentando en las diferentes cartas, el de “conquistar” y “poblar”. La disputa que se articula lingüísticamente tiene como eje la noción de servicio, implicando, así, al tercer polo de la relación: el rey. Cortés se referirá a su contrincante, de ahí en más, como aquel que comete el delito de deservicio. De este modo, se enlaza este “nosotros” que incluye al yo cortesiano, con el “ellos” que representan sus majestades, en una búsqueda de alianzas que se inscriben textualmente mediante las formas pronominales que son, a su vez, los núcleos que condensan los factores políticos y económicos de esta disputa. La forma correspondiente al oponente será, así, resemantizada con significados que remitan a categorías socio-culturales, pero con signo negativo: la traición, la falta de honra, el deservicio. Esta relación, cuyas marcas pueden rastrearse en el texto, es la manifestación lingüística de los desplazamientos, transformaciones y conflictos que generó la Conquista del Nuevo Mundo y que tan brillantemente analiza José Durand en su libro *La transformación social del conquistador*.

2) En segundo término, se alude a la disputa por el modelo de verdad:

...y porque las relaciones que hasta ahora a vuestras majestades de esta tierra se han hecho, así de la manera y riquezas de ella como de la forma en que fue descubierta, y de otras cosas que de ella se han dicho, no son ni han podido ser ciertas porque nadie hasta ahora las ha sabido como será esta que nosotros a vuestras reales altezas escribimos...(9).

Lo que se diseña es un modelo de verdad fundado en la experiencia y que mantiene las mismas oposiciones pronominales ya analizadas. Este modelo de verdad, opuesto a su negación (negación que entra dentro del campo semántico de Velázquez y su proyecto de botín y rescate), remite al siguiente punto:

3) La legitimación de ese modelo mediante la escritura de la relación. Pero, también, apunta a otro aspecto que estará presente en el texto cortesiano: la conciencia narrativa del yo (aquí oculto, como dije, tras este “nosotros”) que busca, con agudo sentido del uso del lenguaje y de sus estrategias retóricas, la forma de legitimar el modelo de verdad que el texto instaure, pero reservándose, casi perversamente, la voluntad tanto de la palabra como del silencio, en un juego de ocultamiento y mostración que marcará todo el texto de las *Cartas*:

...por lo cual vuestras reales altezas pueden creer que todas las relaciones que de esta tierra se les han hecho no han podido ser ciertas, pues no supieron los secretos de ella mas de lo que por sus voluntades han querido escribir (10).

En esta primera carta ya se delimitan los dos espacios de referencia del paradigma pronominal y que corresponden con dos realidades netamente diferenciables, inclusive geográficamente. El “nosotros” / (yo) permanece como eje que se abre en dos direcciones. Por un lado, remite a las relaciones que establece con un ámbito geográfico ubicado fuera de los límites del territorio descubierto, ya sea España (sus majestades / “ellos”) o la Isla de Cuba (Velázquez / “él”). Por el otro, queda enmarcado en el espacio dinámico del nuevo territorio, donde establece nuevas y sucesivas relaciones, marcadas por los diferentes episodios de la Conquista. Esta itinerancia de las marcas lingüísticas como topoi condensadores de significación comienza a establecerse desde esta primera carta por medio de un desplazamiento. Así, el sujeto colectivo de la primera persona del plural comienza a dibujar la figura del héroe cortesiano, utilizando un “él” que lo refiere y que a la vez lo distingue, otorgándole perfiles nítidos. Curiosamente, a esta figura que se diseña se le atribuyen las mismas intenciones que declaró el colectivo “nosotros” y que fue citada más arriba, en lo atinente a la búsqueda de una narración que constituya y legitime un modelo de verdad fundado en la experiencia:

...mas como el dicho capitán está tan inclinado al servicio de vuestra majestad y tenga voluntad de les hacer verdadera relación de lo que en la tierra hay, propuso no pasar más adelante hasta saber el secreto...(14).

LAS FORMAS DEL HEROE

Cada palmo de tierra conquistada otorga una nueva red de referencias a ese *yo* itinerante. Esto es, a medida que avanza en su empresa, Cortés va cumpliendo las diferentes etapas de las que la crítica española Beatriz Pastor denominó “estructuras ficcionales de justificación y creación de un modelo”. El proceso retórico que estudia Pastor tiene varias etapas, y a cada una de ellas, a mi juicio, corresponde una marca pronominal que va a diseñar, en relación a otras formas textuales (por ejemplo, el *yo* cortesiano distinguiéndose de un “ellos” que puede ser, alternativamente, sus soldados o los aztecas, o cualquier aliado eventual de su política), los espacios donde el sujeto construye sus diversas identidades. La primera de las etapas, la transformación de la rebelión en servicio, ya fue analizada en referencia a la primera carta, pero es indudable que esta estrategia es la que marca estructuralmente el texto. Quisiera detenerme, ahora, en el proceso de la transformación de rebelde en héroe, que se cumple como mitificación progresiva, fundamentalmente en la segunda y tercera cartas, que se corresponden con el descubrimiento, pérdida y reconquista de Tenochtitlán.

Allí, el *yo* se manifiesta como una forma lábil que, lejos de ocultarse, diseña la figura del guerrero y militar por sucesivas superposiciones con la forma pronominal del “nosotros” (sus soldados en un solo cuerpo con su jefe).

Y viendo el gran daño que los enemigos nos hacían, y cómo nos herían y mataban a su salvo, y que puesto que nosotros hacíamos daño en ellos, por ser tantos no se parecía...(79).

y también por astutos desprendimientos del *yo* alguna vez incluido en ese nosotros, estrategia que lo confirma en la estatura de héroe mitológico.

El pronombre de primera persona singular funciona en este proceso como elemento condensador de una visión del mundo, y como espacio significativo donde se dirimen los conflictos de una época. De esta manera

el yo autobiográfico de Cortés es un espacio de opacidades donde resisten aún paradigmas de un mundo que se desmorona, el medieval, y donde se anuncian los nuevos modelos renacentistas. En este sentido, se perciben claramente las tensiones entre el modelo medieval del vasallaje –donde la voz enunciadora se inscribe en el sistema más amplio que conforman el rey y Dios– y el modelo de gobernante renacentista, que permite pensar a Cortés según los rasgos propios del Príncipe de Maquiavelo, ya que son los que articulan el horizonte de una época.

ENTRE DIOS Y EL DIABLO

En la segunda carta se lee:

Si de todo a vuestra alteza no diere tan larga cuenta como debo, a vuestra sacra majestad suplico me mande perdonar; porque ni mi habilidad, ni la oportunidad del tiempo en que a la sazón me hallo para ello me ayudan. Mas con todo, me esforzaré a decir a vuestra alteza lo menos mal que yo pudiere, la verdad y *lo que al presente es necesario que vuestra majestad sepa* (31, el destacado es mío).

Aquí se encuentran dos de las estrategias retóricas que ya fueron analizadas. Por un lado, la conciencia de ese yo narrador que se vuelve sobre las posibilidades que brinda su escritura (“me esforzaré a decir...”) y, también, la apelación a un modelo de verdad que se legitima siendo escrita desde la experiencia inmediata. Pero hay, asimismo, un tercer elemento que denota las relaciones que establece el yo cortesiano con la corona; relaciones fundadas no sólo en la seducción de una escritura que se presenta como inagotable, sino en omisiones y desplazamientos que delatan las tensiones sobre las que se constituye la huella autobiográfica. Lo que aquí se pone en escena es la fractura que significó la empresa conquistadora, la separación entre el mundo de los conquistadores y el español. Si bien todo un sistema de tradiciones medievales sirven de fundamento a la Conquista, ésta determina, también, la imposibilidad de trasladar y reproducir la sociedad metropolitana. De este modo, el nuevo espacio que se abre impone un cambio de sentido de la realidad y la vida, originando una diferente relación con la autoridad real. En esta cita se esboza el primer movimiento del yo cortesiano,

donde se condensa este desgarramiento que fundará no sólo la política del sujeto individual, sino que tejerá nuevas identidades sociales que se constituirán en el espacio abierto por la Conquista. Este movimiento iniciado con la llegada a las nuevas tierras culminará en la cuarta carta, donde Cortés, una vez diseñada retóricamente su figura de conquistador y héroe, articula su proyecto político y económico. Allí, responde por la negativa todas las instrucciones recibidas de la Corona en cuanto a disposiciones económicas, de organización administrativa, legal, religiosa y política:

Y muy notorio en esto y en todas las otras cosas que vuestra majestad acerca de este caso manda, se manifiesta el católico y santo propósito de vuestra alteza, *mas como las cosas juzgadas y proveídas por ausencia, no puedan llevar conveniente expedición*, por no poder comprender todas las particularidades del caso, hay en esto muy gran dificultad, por donde no se efectuó el real mandado de vuestra majestad (...) Esto y lo demás de esta calidad se hiciere, no me sea imputado a desobediencia, sino a mucha fidelidad y deseo de servir... (209, el destacado es mío).

Aquí se señala casi explícitamente –lo demás, está velado por lo que a estas alturas yo llamaría “la retórica del desgarramiento–” la ruptura del yo con el que hasta ese momento había sido su referente y la creación de un nuevo ámbito de referencia para el sujeto: la tierra ya conquistada, arrasada, reconstruida. El yo se debate, así, entre dos mundos, entre Dios y el Diablo: un sistema de tradiciones político-sociales cuyo eje es la estructura de vasallaje –un “nosotros” que lo reinscribiría en relaciones de corte feudal– y un espacio de libertad donde ese yo sería, a la vez, origen y fundamento de nuevas identidades.

EN EL NOMBRE DEL PADRE

Por lo que yo he visto y comprendido acerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España (...) me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así en nombre de vuestra Majestad se le puso aqueste nombre (96).

La voz de Dios, la voz del rey, la voz del Padre. En el acto mismo de inscribirse autobiográficamente, el sujeto de la escritura se nombra y nombra. Y el acto de denominación conlleva la marca de la fractura: el nombre reproduce otro nombre conocido, pero esa reproducción es también huella de la diferencia. Todos los sentidos, toda la historia por venir, anidan en esta grieta sutil. Allí, en la diferencia, se escriben los textos futuros de esta tierra, lugar que fue y es del deseo, espacio de la itinerancia de una marca (el casco del caballo, la escritura) que todavía puede ser recorrida, resignificada en cada nueva lectura.

No ha sido inocente la apelación primera a la autobiografía. Soy la niña de doce años que soñó con un nombre de princesa azteca: Xuchitl. Soy quien, al inscribir mi nombre en este texto, me configuro por ese acto, como sujeto a la vez individual y social. Mi letra no es sólo mía, sino que pertenece a un sistema de historias, de deseos, de omisiones, de palabras.

Cada marca del yo es un acto de itinerancia, un viaje hacia la historia, hacia los textos, hacia la tierra, Capitán Cortés:

Son cosas grandes y extrañas, y es otro mundo, sin duda, que de sólo verlo tenemos harta codicia los que a los confines de él estamos (96).

BIBLIOGRAFIA

- CORTÉS, HERNÁN. *Cartas de relación*. Ed. Porrúa, México. 1985.
- DURAND, JOSÉ. *La transformación social del conquistador*. Ed. Porrúa, México. 1953.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, ROBERTO. "Humanismo, retórica y las crónicas de la Conquista".
En *Isla a su vuelo fugitiva*. Ed. Porrúa. Madrid, 1983.
- MAQUIAVELO, NICOLÁS. *El Príncipe*. Ed. de Luis A. Arocena. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1955.
- PASTOR, BEATRIZ. *Discursos narrativos de la Conquista: mitificación y emergencia*. Ediciones del Norte. Hanover. N. H., 1983.